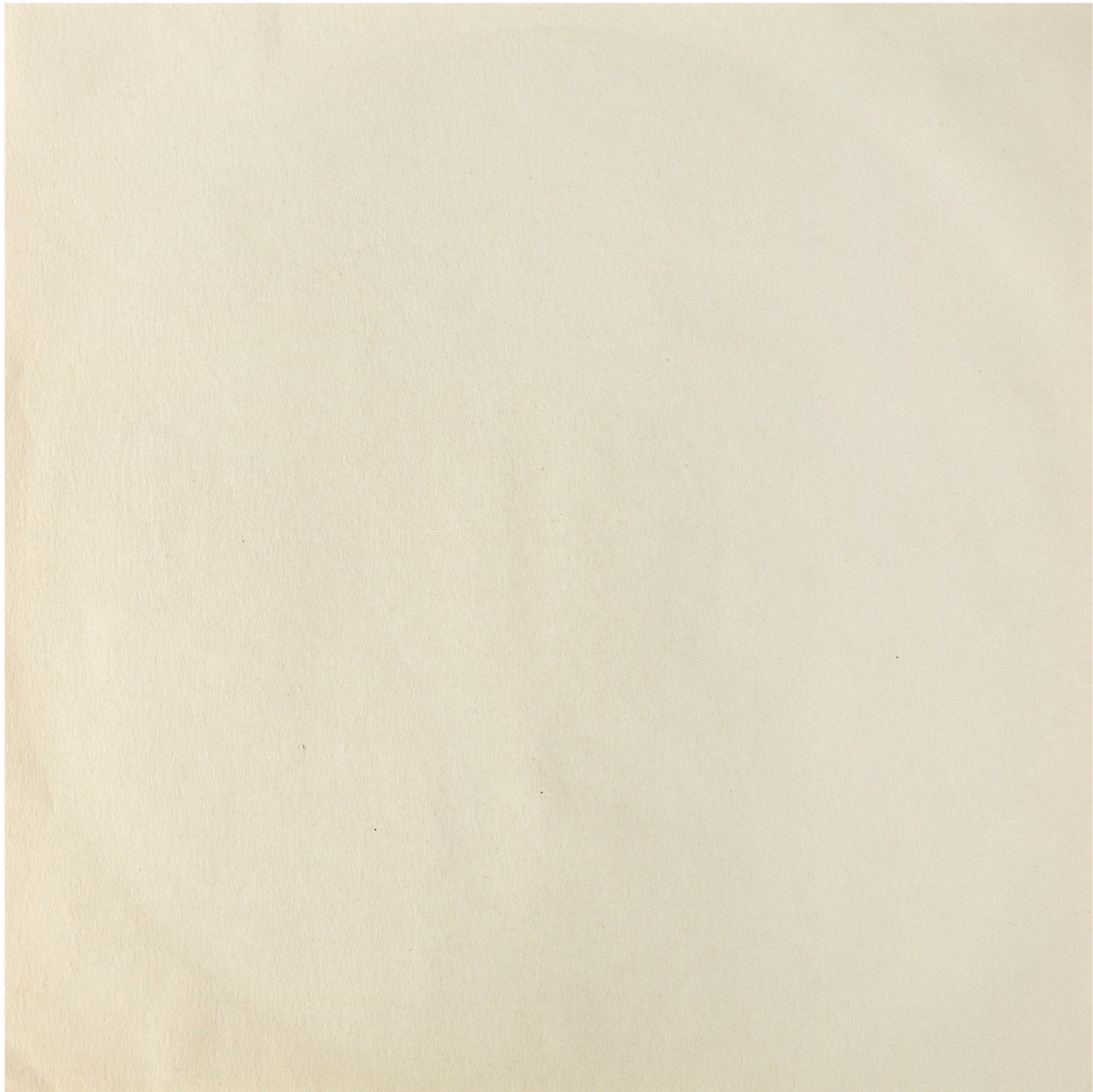


ROSARIO CASTELLANOS

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PROLOGO

por José Emilio Pacheco

LA OBRA de Rosario Castellanos es una de las más importantes que se han escrito en México en los últimos años. Lo mismo en el verso que en la prosa narrativa o el ensayo, ha ejercido su oficio con iguales propósitos de actitud y expresión. Escribir, para ella, no es sólo el descubrimiento del mundo interior, sino el deber que nos acerca a los demás y da nombre y sentido a las palabras.

Nacida en la Ciudad de México (1925), pasa su infancia en Chiapas, tierra que le dará los principales temas de su labor artística. Vuelve a la capital a principios de 1940, y ocho años después revela sus primeros poemas en el cuaderno *Trayectoria del polvo*, que permite entrever lo que será su obra futura.

En torno de la revista *América* —animada por Efrén Hernández y Marco Antonio Millán— se reúnen los jóvenes que forman su generación: los poetas Jaime Sabines, Dolores Castro, Miguel Guardia, Fernando Sánchez Mayans; los dramaturgos Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández y Sergio Magaña; el novelista Sergio Galindo, y algunos escritores centroamericanos que aquí han vivido y trabajado.

Viaja a Europa en 1950 y hace estudios de estética en Madrid. Antes ha publicado un volumen de prosa: *Sobre cultura femenina*, tesis para obtener el grado de maestra en filosofía. El 1952 está en Tuxtla Gutiérrez como promotora de actos culturales del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas. Ya ha enriquecido nuestra literatura con varios libros de poesía: *Apuntes para una declaración de fe* (1949), *De la vigilia estéril* (1950), *El rescate del mundo* (1952). Su lenguaje comienza a definirse y a establecer el tono de su lírica. Concluyen la búsqueda, los experimentos, y Rosario Castellanos entra con firmeza al recinto de la poesía mexicana.

En estos títulos hay que destacar muchas notables composiciones, nacidas de un talento dueño de todos sus recursos: *En el filo del gozo*, *Distancia del amigo*, *Silencio acerca de una piedra antigua*, *La despedida*:

*Déjame hablar, mordaza, una palabra
para decir adiós a lo que amo.*

Los motivos que pueblan toda honda conciencia aparecen al lado de una voz que canta la elegía de una raza perdida. Del mundo indígena, rescata algo que atraviesa su sangre, que finca en las raíces de su ser. Su personal manera de declarar las cosas trae consigo la resonancia de los libros sagrados y la perduración de la poesía prehispánica. No es extraño que esta dualidad se manifieste con nitidez en los poemas dramáticos que Rosario Castellanos escribió por entonces y que se editaron hasta 1959. *Judith* pasa de las profundidades de la Biblia a un pueblo de la tierra caliente, sitiado por un ejército enemigo, en la Revolución. La historia de *Salomé* renace en San Cristóbal, durante el porfiriato, en ocasión de un posible levantamiento de los indios chamulas. La intensidad del verso lleva estas obras a una altura trágica. Singulares y casi solitarias, constituyen dos aciertos que el teatro mexicano debería redescubrir.

Posteriormente, Rosario Castellanos trabaja para el Instituto Nacional Indigenista en las regiones del Sur que lentamente se han ido vinculando al país. Maneja el teatro guiñol y recorre la zona del Centro Coordinador Tzeltzal-Tzoltzil para ayudar a las campañas higiénicas y educativas con piezas didácticas de extrema sencillez, que también se encarga de redactar. Su colaboración con el I.N.I. prosigue hasta en 1960 y en ese lapso escribe numerosos textos destinados a las escuelas indígenas, entre ellos un libro de lectura para enseñar el castellano a las habitantes de un México que durante muchos años poco o nada tuvo de semejanza con la civilización.

Su primera novela, *Balún Canán*, aparece en 1957. La unidad que sostiene su obra no se altera cuando transita de la poesía al relato. *Balún Canán* narra los últimos días de una familia feudal que ve desvanecerse el poderío al cumplimiento de la Reforma Agraria. Asimismo, refiere el despertar al mundo de una niña, hija de los hacendados, que por boca de su nana conoce la vida y los secretos de los indios, víctimas del desprecio y la explotación. Desarrollada mediante dos puntos de vista (la mitad en primera persona y la segunda parte de modo impersonal), *Balún Canán* trasciende el realismo y la intención social —que no son méritos menores— por la habilidad de su elaboración artística. Gracias

a esta novela, Rosario Castellanos obtuvo el Premio Chiapas 1958, y *Balún Canán* es uno de los libros mexicanos de mayor éxito en los países extranjeros. La traducción al inglés de Irene Nicholson fue impresa en Inglaterra por Faber and Faber, y en Norteamérica Vanguard Press ha hecho dos ediciones, una de ellas popular. La versión francesa está editada por Gallimard; la alemana por Insel Verlag. En Europa y los Estados Unidos, la prensa literaria ha situado a Rosario Castellanos junto a los grandes narradores de nuestro continente.

Si los recuerdos de su infancia la hicieron escribir esta novela que consagró su nombre, los años de juventud en tierras de Chiapas dieron materia a los cuentos reunidos en *Ciudad Real* (1960), que mereció el Premio *Xavier Villaurrutia*. Rosario Castellanos sabe que ninguna forma artística se halla tan cerca de la vida como la narración. Contar es —ya lo decía Pavese— convertir los hechos en palabras. Y a la postre, el arte es la única realidad perdurable. Las generaciones conocerán la miseria y el dolor de los indios de Chiapas en estos libros de Rosario Castellanos.

En 1959 y 60 Rosario Castellanos hizo artículos y ensayos de crítica literaria para *México en la cultura*, suplemento del diario *Novedades*. Examinó los libros de actualidad en nuestras letras y en las extranjeras por medio de textos que mostraron la lucidez de su opinión y el real conocimiento de las funciones de la crítica.

Llamada por el Rector Ignacio Chávez para ocupar la jefatura de información y prensa de la UNAM (marzo de 1961), permanece atenta al desarrollo de la literatura y continúa su vigilancia crítica en un programa semanal de media hora que trasmite Radio Universidad. Escribe su segunda novela, *Oficio de tinieblas*, y ha publicado excelentes versiones de poetas franceses. Su obra influye en la poesía y la prosa de las más recientes generaciones, a las que no ha negado su franco apoyo y su orientación.

Los poemas grabados en este disco se tomaron de los tres libros principales de Rosario Castellanos. *Misterios Gozosos* (del volumen *Poemas 1953-1955*), constituye el pórtico a lo que será su expresión definitiva. El azoro ante el mundo y la revelación de los sentidos dejan el paso a una conciencia que reflexiona sobre la situación original del hombre. Entre nosotros, no abundan los poemas cortos y Rosario Castellanos ha preferido muchas veces esta forma —menos extensa pero más intensa— sin desdeñar los versos de registro mayor. Todavía en este ciclo hay un eco lejano de las lecturas que iluminaron su capacidad. En *Al pie de la letra* (1959) y *Lívica luz* (1960), Rosario Castellanos logra lo que hasta hoy es la plenitud de su expresión. En palabras cargadas de expresividad dejan su huella intuiciones, representaciones, estados afectivos, recuerdos, historia personal y colectiva. Los versos se emancipan de la retórica; Rosario Castellanos, como todo gran poeta, advierte el significado de la creación artística, comprende que su misión no es otra que transformar los fugitivos materiales del mundo en inmutables organismos verbales. La palabra poética es un modo de conocimiento inmediato que descubre los elementos terrestres y da al hombre la certeza de su ser y su estar. La poesía no es nada más el diálogo entre dos soledades, dos distancias. Es, aun por encima de la belleza, una experiencia que aclara el transcurrir del tiempo. El idioma se impregna de sentimiento y razón para arraigarnos en

el existir. Y desde sus primeros poemas, Rosario Castellanos ha asumido un compromiso para consigo misma y con sus semejantes.

Plantel de la palabra, su poesía no ha sido isla de monólogos sin eco, sino fervor que la vincula a los demás y les entrega su verdadera voz. Esta fidelidad a sí misma y a su vocación, Rosario Castellanos la ha cumplido sin tregua.

Muchos poemas nacidos de la contemplación dan fe de la riqueza de lo que nos circunda y encuentran nuestra única salvación en la solidaridad.

—Cuando decimos “yo”
nos atamos al cuello una vocal redonda,
una cuerda de ahorcar; nos taladramos
la nariz con un aro como el rige al buey;
nos ceñimos grillete de prisionero.
Círculo de exclusión, rómpelo, sáltalo.

Es necesario, a veces, encontrar compañía
Amigo, no es posible ni nacer ni morir
sino con otro. Es bueno
que la amistad le quite
al trabajo esa cara de castigo
y a la alegría ese aire ilícito de robo.

La ley, la fuerza, la necesidad, el terror o el castigo son límites que no se pueden trasponer fácilmente, y sin embargo, sobre el oleaje mismo del naufragio, nacerá la belleza. Ante la cotidiana realidad se alza el amor (y Simone Weil dice en el epígrafe: “El amor no es consuelo; es luz”).

Para el amor no hay cielo, amor,
sólo este día;
este cabello triste que se cae
cuando te estás peinando ante el espejo.

El dolorido sentir hace nacer otras palabras. El infortunio lo hacen los hombres que luchan por escapar de él y “roban, matan, como animal de presa, olfatean, devoran y disputan al otro la carroña”.

Me arrebataron la razón del mundo
y me dijeron: gasta tus años componiendo
este rompecabezas sin sentido.

No hay más. Un acto es una estatua rota.
Una palabra o sólo
la imagen deformada en un espejo.

¿Qué vas a amar? ¿Un cuerpo que se pudre
—ese pantano lento en que te ahogas—
o una alma que no existe?

Pero “la enemistad que preside todas nuestras relaciones, no nos impedirá amar.” Nos tocaron malos tiempos en que vivir y no obstante, al vencer a la desolación, Rosario Castellanos podrá exclamar en los últimos versos de su libro.

*No hay soledad, no hay muerte
aunque yo olvide y aunque yo me acabe.
Hombre, donde tu estás, donde tu vives,
permanecemos todos.*

En la segunda cara de este disco, escuchamos otros aspectos de su poesía "Como huella de su paso por otro género —escribió Emilio Carballido— hay ahora poemas que, lindando con lo dramático, develan fragmentos de vidas y convierten los retratos personales en cantos íntimos."

La mujer que sonríe ante un amanecer sin nadie, se tiende sobre un lecho de agonía.

*Da vergüenza estar sola. El día entero
arde un rubor terrible en su mejilla.
(Pero la otra mejilla está eclipsada)*

Otra devastación encenderá el *Monólogo de la extranjera*, que bajo el destino, ese gran huracán que parte ramas y abate firmes árboles, confirmará sin sosiego las cenizas que predicó el Eclesiástés:

*Y bien. La juventud
aunque grave no fue mortal del todo.
Convalecí. Sané. Con pulso hábil
aprendí a sopesar el éxito, el prestigio,
el honor, la riqueza.
Tuve lo que el mediocre envidia,
lo que los triunfadores disputan y uno solo arrebató.
Lo tuve y fue como comer espuma,
como pasar la mano sobre el lomo del viento.*

Da término a esta breve selección uno de los más grandes poemas que se han escrito en México: *Lamentación de Dido*. Todo ya fue en los siglos que nos precedieron. La tierra siempre permanece y se restaura lo que pasó. En el mito podemos reconocer nuestra experiencia, y así Rosario Castellanos encuentra en *La Eneida*

algo que le pertenece: la desventura de la reina de Cartago, Dido, la abandonada, la que puso su corazón bajo el hachazo de un adiós tremendo; la que mira zarpar a Eneas, ante la piraalzada del suicidio. *Arde amans Dido, traxitque per ossa furorem (Arde Dido, la amante, y por sus huesos corre en llamas la furia)*. Entre las ruinas del amor se escucha a Dido, que todo lo perdió al perder a Eneas.

*Ah, sería preferible morir. Pero yo sé que para mí no hay muerte
Porque el dolor — ¿y que otra cosa soy más que dolor? me ha
[hecho eterna.*

Tal vez el advenimiento de la soledad no encuentre otro consuelo que la sabiduría de Epicteto, en las bellas estrofas de Quevedo: *Nunca de nada que perdieras digas / que lo pierdes, con ceño; / di que lo restituyes a su dueño; / que el hombre, en tierra y lodo fabricado, / cuanto tiene es prestado. /*

Todos estos poemas se distinguen por el dominio y precisión de sus formas. Los temas elegíacos se contienen en versos llenos de claridad. Sus imágenes conceptuales se nutren de vivencias poéticas. A menudo la reflexión surge como contrapunto del canto y la calidad transparente del lenguaje se logra a través de la concisión y el laconismo. En versos asonantes de sílabas desiguales, pero armónicas por la distribución de los acentos y las pausas, que no rehúsan el correcto empleo de la aliteración y del hipérbaton, Rosario Castellanos ha expresado su mundo.

Con todo, la mejor definición de esta poesía es la que cada uno encontrará al escucharlos en la voz viva de la su autora. En fin, hay que señalar que si su obra es ya una de las más intensas y significativas que se han escrito en nuestro país, Rosario Castellanos alcanzará su dimensión definitiva en los libros que nos dará en próximos años. Mientras tanto, este disco ha ilustrado, mediante una sumaria antología, la plenitud de su expresión poética, el fervor de una vocación y un talento ejemplares.

México, septiembre de 1961.

ANTOLOGIA POETICA

CARA I

MISTERIOS GOZOSOS

1

Ah, nunca, nunca más la conocida
ternura, la palabra pequeña, familiar
que cabía en mi boca.

Nunca ya mi cabeza
segada dulcemente por la mano más próxima.

Nunca la juventud como una casa
espaciosa, asoleada de niños y de pájaros.

Adiós para la tierra que en mi torno bailaba.

Voy a entrar en tu hora, soledad; en tu mano,
destino.

2

Aquí tienes mi mano, la que se levantó
de la tierra, colmada como espiga en agosto.
Aquí están mis sentidos
de red afortunada,
mi corazón, lugar de las hogueras,
y mi cuerpo que siempre me acompaña.

He venido, feliz como los ríos,
cantando bajo un cielo de sauces y de álamos
hasta este mar de amor hermoso y grande.

Yo ya no espero. Vivo.

de Rosario Castellanos

3

Día del esplendor
y la abundancia.
La cosecha me pesa
sobre la falda.

Abrid puertas, amigos,
y ventanas
convidando las gentes
a mi casa.

Dad a todos el pan,
la posada.
No ahuyentéis las palomas
si bajan.

4

Con un gesto de tierra abro los brazos.
Con un gesto de tierra
cuyo regazo acuna a todas las criaturas.
El amor me levanta,
me sostiene, extasiada como en una gran luz,
cantando mi destino de raíz
y mi obediencia.

Yo no le busco el rostro a esta maternidad
que colma las medidas.
Vosotros no busquéis la muchedumbre de hijos.
Pero ved mis acciones
manando como leche espesa y silenciosa.

5

Este lugar que soy, como arena con ríos,
hace tiempo conoce la visita del cielo.
Sobre mi rostro cruza la procesión de pájaros

y yo voy extasiada, persiguiéndolo,
sin sentir que las piedras me golpean, me rompen,
me rechazan.

Camino sin medir fatiga ni distancia.

Ay, alcanzaré el mar y el cielo irá volando
más allá.

6

A veces, tan ligera
como un pez en el agua,
me muevo entre las cosas
feliz y alucinada.

Feliz de ser quien soy,
sólo una gran mirada:
ojos de par en par
y manos despojadas.

Seno de Dios, asombro
lejos de las palabras.
Patria mía perdida,
recobrada.

7

Esta tierra que piso
es la sábana amante de mis muertos.
Aquí, aquí vivieron y, como yo, decían:
mi corazón no es mi corazón,
es la casa del fuego.
Y lanzaban su sangre como un potro vehemente
a que mordiera el viento
y alrededor de un árbol danzaban y bebían
canciones como un vino poderoso y eterno.

Ahora estoy yo aquí. Que nadie me salude
como a un recién llegado. Si camino así, torpe,
es porque voy palpando y voy reconociendo.

No llevo entre las manos más que una breve brasa
y un día para arder.

¡Alegría! ¡Bailemos!

Quiero jurarlo aquí, amigos: otra vez
como la primavera
volveremos.

8

Yo, pájaro cogido
y garganta prestada,
vengo a dar obediencia,
Señor de mano abierta
y poderosa casa.

A cantar en los patios
con las otras mujeres
destrenzadas,
himnos de gratitud
y coros de alabanza.

Desde el anochecer
hasta la madrugada.
Señor de mano abierta
y poderosa
casa.

9

Como Abel a Caín
—para que lo guardase—
me dieron don precioso
como de llamas y aire.

Las sendas de la tierra
las recorro temblando.
¡Ladrones de caminos
no me vaciéis las manos!

Pues Dios reclamará
el tesoro confiado
y yo ¿qué le daría
más que un oscuro rostro avergonzado?

10

Alrededor de mí —lo estoy mirando
como en torno de un huérfano
un grupo de mujeres solícitas, piadosas—
mueve su lenta ronda protectora
la casa.

Madre que abre las puertas como abriera los brazos,
que ha levantado el techo igual que se levanta
la mano en bendición sobre de mi cabeza
y que ofrece el arrimo de sus paredes sólidas
como quien da a un polluelo el hueco de sus alas.

Yo ya no puedo hablar. No tengo más palabras
que las que el amor unge y santifica
para mostrar aquí mi corazón
contento y sosegado,
en medio de la casa durmiendo, como aljibe
colmado.

11

Me quedo en las palabras
igual que en un remanso, contemplando
cielos altos, profundos y tranquilos.

Por nada cambiaría
mi destino de sauce solitario
extasiado en la orilla.
Si alguna vez me voy me iré llevando
una mirada limpia
donde los otros beban el resplandor ausente.

12

El que buscó mi mano
para cortar racimos,
deje mi mano suelta
sin fruto y sin anillo

El que llamó a mi cuerpo
para nacer, se calle.
No ponga en mi cintura
la guirnalda de madre.

Adiós, adiós los nombres,
las máscaras, la casa.
Yo no soy, yo no soy
más que un pequeño cauce amoroso del agua.

13

Señor, agua pequeña,
sorbo para tu sed,
espera.

Señor, para el invierno,
alegre,
chisporroteante hoguera.

Señor, mi corazón
la uva
que tu pie pisotea.

14

Sólo como de viaje, como en sueños.

Como quien ama un río,
como quien hace casa para el viento.

Sólo como quien deja un palomar
abierto.

15

Toda la primavera
ha venido a mi casa
en una flor pequeña
sólo flor y fragancia.

Yo rondo este perfume
como una enamorada.
Voy y vengo buscando
loores, alabanzas.

Con el amor me crece
la ola de nostalgia.
¡Cómo serán los campos
en donde fue cortada!

16

Heme aquí en los umbrales de la ley.

El mundo que venía como un pájaro
se ha posado en mi hombro
y yo tiemblo, lo mismo que una rama
bajo el peso del canto
y del vuelo, un instante detenido.

17

Más hermosa que el mundo tu mirada.
¡Y el mundo es tan hermoso!
Preferible tu amor
a los frutos amables de la tierra,
a la embriaguez amante de los aires.

Tu presencia más grande que los mares.

Yo he buscado a los hombres
que llevan la justicia a sentarse en los pórticos
y vigilan el fiel de su balanza,
para cambiar las joyas y las túnicas
y los dones preciosos
por la menor de todas tus palabras.

18

El centro de la llama
mi centro.
Aquí arder, hablar
lo verdadero.

Yo no me fuí,
no he vuelto;
yo siempre estuve aquí
viviendo

sin ayer, sin mañana,
ni próximo, ni lejos
este minuto único
y eterno.

EL DESPOJO

Me arrebataron la razón del mundo
y me dijeron: gasta tus años componiendo
este rompecabezas sin sentido.

No hay más. Un acto es una estatua rota.
Una palabra es sólo
la imagen deformada en un espejo.

¿Qué vas a amar? ¿Un cuerpo que se pudre
—ese pantano lento en que te ahogas—
o un alma que no existe?

¿Qué puedes esperar? El tiempo es lo continuo
y si dices “mañana”, mientes, pues dices “hoy”.

Ni siquiera se muere. Algo muy leve cambia
y sigue, dura, en piedra; creciendo en vegetal
y otra vez despertando en lo que eras.

Otra vez. Otra vez.

Me dijeron: no busques. Nada se te ha perdido.

Y los ví desde lejos
ocultar lo que roban y reír.

APELACION AL SOLITARIO

Es necesario, a veces, encontrar compañía.

Amigo, no es posible ni nacer ni morir
sino con otro. Es bueno
que la amistad le quite
al trabajo esa cara de castigo
y a la amistad ese aire ilícito de robo.

¿Cómo podrías estar solo, a la hora
completa, en que las cosas y tú hablan y hablan
hasta el amanecer?

EL OTRO

¿Por qué decir nombres de dioses, astros,
espumas de un océano invisible,
polen de los jardines más remotos?
Si nos duele la vida, si cada día llega
desgarrando la entraña, si cada noche cae
convulsa, asesinada.

Si nos duele el dolor en alguien, en un hombre
al que no conocemos, pero está
presente a todas horas y es la víctima
y el enemigo y el amor y todo
lo que nos falta para ser enteros.

Nunca digas que es tuya la tiniebla,
no te bebas de un sorbo la alegría.

Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro.

Lo que él respira es lo que a tí te asfixia;
lo que come es tu hambre.

Muere con la mitad más pura de tu muerte.

LINAJE

Hay cierta raza de hombres
—ahora ya conozco a mis hermanos—
que llevan en el pecho como un agua desnuda
temblando.

Que tienen manos torpes
y todo se les quiebra entre las manos.
Que no quieren mirar, para no herir,
y levantan sus actos
como una estatua de ángel amoroso
y repentinamente degollado.

Raza de la ternura funesta, de Abel
resucitado.

LO COTIDIANO

Para el amor no hay cielo, amor, sólo este día;
este cabello triste que se cae
cuando te estás peinando ante el espejo.
Esos túneles largos
que se atraviesan con jadeo y asfixia;
las paredes sin ojos,
el hueco que resuena
de alguna voz oculta y sin sentido.

Para el amor no hay tregua, amor. La noche
no se vuelve, de pronto, respirable.
Y cuando un astro rompe sus cadenas
y lo ves zigzaguear, loco, y perderse,
no por ello la ley suelta sus garfios.
El encuentro es a oscuras. En el beso se mezcla
el sabor de las lágrimas.
Y en el abrazo ciñes
el recuerdo de aquella orfandad, de aquella muerte.

LIMITE

Aquí, bajo esta rama, puedes hablar de amor.

Más allá es la ley, es la necesidad,
la pista de la fuerza, el coto del terror,
el feudo del castigo.

Más allá, no.

DIALOGO DEL SABIO Y SU DISCIPULO

—Cuando decimos “yo”
nos atamos al cuello una vocal redonda,
una cuerda de ahorcar; nos taladramos
la nariz con un aro como el que rige al buey;
nos ceñimos grillete de prisionero.

Círculo de exclusión, rómpelo, sáltalo.

Tus ojos son poliédricos como los de la avispa,
cuando lo miras tú se quiebra el mundo.

Pero los cielos narran lo que saben:
“El tiempo no es la tenia que añade día a los días.
Su transcurrir continuo, su historia, es la de un río”.

Y los del coro cantan:
“Aquí y allá; los cuatro
puntos; las dieciseis atmósferas; los siete
mares, los veinte climas,
lo numerable, en fin, es uno y único”.

No estás solo y aparte.
Tú le dueles a Dios; el universo
se hace pequeño en tí; se hace ciego, borracho.
Y loco.

Algo te roban si una estrella cae.
Tu furia tiene hocico de tigre; tu memoria
cabeza de elefante y tu curiosidad
pescuezo de jirafa.

¿Dónde, para apuntar la flecha, está tu centro?

¿En quién te va a matar la muerte?

—En los que amo.

AMANECER

¿Qué se hace a la hora de morir? ¿Se vuelve
la cara a la pared?
¿Se agarra por los hombros al que está cerca y oye?
¿Se echa uno a correr, como el que tiene
las ropas incendiadas, para alcanzar el fin?

¿Cuál es el rito de esta ceremonia?
¿Quién vela la agonía? ¿Quién estira la sábana?
¿Quién aparta el espejo sin empañar?

Porque a esta hora ya no hay madre y deudos.

Ya no hay sollozo. Nada, más que un silencio atroz.

Todos son una faz atenta, incrédula
de hombre de la otra orilla.

Porque lo que sucede no es verdad.

NACIMIENTO

Estuvo aquí. Ninguno (y él menos que ninguno)
supo quién era, cómo, por qué, adónde.

Decía las palabras que los otros entienden
—las suyas no llegó a escucharlas nunca—;
se escondía en el lugar en que los otros buscan,
en su casa, en su cuerpo, en sus edades,
y sin embargo ausente siempre y mudo.

Como todos fue dueño de su vida
una hora o más y luego abrió las manos.

Entonces preguntaron: ¿era hermoso?
Ya nadie recordaba aquella superficie
que la luz disputó por alumbrar
y le fue arrebatada tantas veces.

Le inventaron acciones, intenciones. Y tuvo
una historia, un destino, un epitafio.

Y fue, por fin, un hombre.

PRESENCIA

Algún día lo sabré. Este cuerpo que ha sido
mi albergue, mi prisión, mi hospital, es mi tumba.

Esto que uní alrededor de un ansia,
de un dolor, de un recuerdo,
desertará buscando el agua, la hoja,
la espora original y aún lo inerte y la piedra.

Este nudo que fuí (inextricable
de cóleras, traiciones, esperanzas,
vislumbres repentinos, abandonos,
hambres, gritos de miedo y desamparo
y alegría fulgiendo en las tinieblas
y palabras y amor y amor y amores)
lo cortarán los años.

Nadie verá la destrucción. Ninguno
recogerá la página inconclusa.

Entre el puñado de actos
dispersos, aventados al azar, no habrá uno
al que pongan aparte como a perla preciosa.

Y sin embargo, hermano, amante, hijo,
amigo, antepasado,
no hay soledad, no hay muerte
aunque yo olvide y aunque yo me acabe.

Hombre, donde tú estás, donde tú vives
permanecemos todos.

CARA II EL POBRE

Me ve como desde un siglo remoto,
como desde un estrato geológico distinto.

Del idioma que algunos atesoran
le dieron de limosna una palabra
para pedir su pan y otra para dar gracias.

Ninguna para el diálogo.

El domador, con látigo y revólveres,
le enseña a hacer piruetas divertidas,
pero no a erguirse, no a romper la jaula,
y lo premia con una palmada sobre el lomo.

Aunque son tantos (nunca se acabarán, prometen
las profecías) cada uno
cree que es el último sobreviviente
—después de la catástrofe— de una especie extinguida.

Allí está: receptáculo
de la curiosidad incrédula, del odio,
del llanto compasivo, del temor.

Como una luz nos hace
cerrar violentamente los ojos y volvernos
hacia lo que se puede comprender.

Nadie, aunque algunos lo juren en el templo, en la esquina,
desde la silla del poder o sobre
el estrado del juez, nadie es igual
al pobre ni es hermano de los pobres.

Hay distancia. Hay la misma extrañeza interrogante
que ante lo mineral. Hay la inquietud
que suscita un axioma falso. Hay
la alarma, y aún la risa
de cuando contemplamos
nuestra caricatura, nuestro ayer en un simio.

Y hay algo más. El puño se nos cierra
para oprimir; y el alma
para rechazar lejos al intruso.

¡Qué náusea repentina
(su figura, mi horror)
por lo que debería ser un hombre y no es!

LOS DISTRAIDOS

Algunos lo ignoraban.
Creían que la tierra era aún habitable.
No miraron la grieta
que el sismo abrió; no estaban cuando el cáncer
aparecía en el rostro espantado de un hombre.

Rieron en el instante
en que una manzana, en vez de caer,
voló y el universo fue declarado loco.

No presenciaron la degollación
del inocente. Nunca distinguieron
a un inocente del que no lo es.
(Por otra parte habían aprobado,
desde el principio, la pena de muerte.)

Continuaron llegando a los lugares,
exigiendo una silla más cómoda, un menú
más exquisito, un trato más correcto.

¡Querido, si te sirven sin gratitud, castígalos!

Y en los muros había un desorden peculiar
y en las mesas no había comida sino odio
y odio en el vino y odio en el mantel
y odio hasta en la madera y en los clavos.

Entre sí cuchicheaban los distraídos:
¿Qué es lo que sucede? ¡Hay qué quejarse!

Nadie escuchaba. Nadie podía detenerse.

Era el tiempo de las emigraciones.

Todo ardía: ciudades, bosques enteros, nubes.

●

EPITAFIO DEL HIPOCRITA

Quería y no quería.
Quería con su piel y con sus uñas,
con lo que cambia y cae; negaba con sus vísceras,
con lo que de sus vísceras no era aserrín, con todo
lo que latía y sangraba en sus entrañas.

Quería ser él y el otro.
Siamés partido a la mitad, buscaba
la columna de hueso para asirse, colgar
su cartilaginosa consistencia de hiedra.

Mesón desocupado,
actor, daba hospedaje al agonista.
Gesticulaba viendo su sombra en las paredes,
deglutía palabras sin sabor, eructaba
resonando en su vasta oquedad de tambor.

Ensayaba ademanes
—heroico, noble, prócer—
para que al desbordarse la lava del elogio
lo cubriera cuajando después en una estatua.

No a solas ¡nunca a solas!
dijo el brindis final,
alzó la copa amarga de cicuta.

(Más no bebió su muerte sino la del espejo).

●

JORNADA DE LA SOLTERA

Da vergüenza estar sola. El día entero
arde un rubor terrible en su mejilla.
(Pero la otra mejilla está eclipsada).

La soltera se afana en quehacer de ceniza,
en labores sin mérito y sin fruto;
y a la hora en que los deudos se congregan

alrededor del fuego, del relato,
se escucha el alarido
de una mujer que grita en un páramo inmenso
en el que cada peña, cada tronco
carcomido de incendios, cada rama
retorcida, es un juez
o es un testigo sin misericordia.

De noche la soltera
se tiende sobre el lecho de agonía.
Brotó un sudor de angustia a humedecer las sábanas
y el vacío se puebla
de diálogos y de hombres inventados.

Y la soltera aguarda, aguarda, aguarda.

Y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas,
y no puede morir
en su cuerpo remoto, inexplorado,
planeta que el astrónomo calcula,
que existe aunque no ha visto.

Asomada a un cristal opaco la soltera
—astro extinguido— pinta con un lápiz
en sus labios la sangre que no tiene.

Y sonrío ante un amanecer sin nadie.

●

MONOLOGO DE LA EXTRANJERA

Vine de lejos. Olvidé mi patria.
Ya no entiendo el idioma
que allá usan de moneda o de herramienta.
Alcancé la mudez mineral de la estatua.
Pues la pereza y el desprecio y algo
que no sé discernir, me han defendido
de este lenguaje, de este terciopelo
pesado, recamado de joyas, con que el pueblo
donde vivo, recubre sus harapos.

Esta tierra, lo mismo que la otra de mi infancia,
tiene aún en su rostro,
marcada a fuego y a injusticia y crimen,
su cicatriz de esclava.

Ay, de niña dormía bajo el arrullo ronco
de una paloma negra: una raza vencida.

Me escondía entre las sábanas
porque un gran animal
acechaba en la sombra, hambriento, y sin embargo
con la paciencia dura de la piedra.

Junto a él ¿qué es el mar o la desgracia
o el rayo del amor
o la alegría que nos aniquila?

Quiero decir, entonces,
que me fue necesario crecer pronto
(antes de que el terror me devorase)
y partir y poner la mano firme
sobre el timón y gobernar la vida.

Demasiado temprano
escupí en los lugares
que la plebe consagra para la reverencia.
Y entre la multitud yo era como el perro
que ofende con su sarna y su fornicación
y su ladrido inoportuno, en medio
del rito y la importante ceremonia.

Y bien. La juventud
—aunque grave— no fue mortal del todo.
Convalecí. Sané. Con pulso hábil
aprendí a sopesar el éxito, el prestigio,
el honor, la riqueza.
Tuve lo que el mediocre envidia, lo que los
triunfadores disputan y uno solo arrebata.
Lo tuve y fue como comer espuma,
como pasar la mano sobre el lomo del viento.

El orgullo supremo es la suprema
renunciación. No quise
ser el astro difunto
que absorbe luz prestada para vivificarse.
Sin nombre, sin recuerdos,
con una desnudez espectral, giro
en una breve órbita doméstica.

Pero aún así fermento
en la imaginación espesa de los otros.

Mi presencia ha traído
hasta esta soñolienta ciudad de tierra adentro
un aliento salino de aventura.

Mirándome, los hombres recuerdan que el destino
es el gran huracán que parte ramas
y abate firmes árboles
y establece en su imperio
—sobre la mezquindad de lo humano— la ley
despiadada del cosmos.

Me olfatean desde lejos las mujeres y sueñan
lo que las bestias de labor, si huelen
la ráfaga brutal de la tormenta.

Cumplo también, delante del anciano,
un oficio pasivo:
el de suscitadora de leyendas.

Y cuando, a media noche,
abro de par en par las ventanas, es para
que el desvelado, el que medita a muerte,
y el que padece el lecho de sus remordimientos
y hasta el adolescente
(bajo de cuya sien arde la almohada)
interroguen lo oscuro en mi persona.

Basta. He callado más de lo que he dicho.

Tostó mi mano el sol de las alturas
y en el dedo que dicen aquí “del corazón”
tengo un anillo de oro con un sello grabado.

El anillo que sirve
para identificar a los cadáveres.

LAMENTACION DE DIDO

Guardiana de las tumbas; botín para mi hermano, el de la corva
garra de gavián;
nave de airosas velas, nave graciosa, sacrificada al rayo de las
tempestades;
mujer que asienta por primera vez la planta del pie en tierras
desoladas
y es, más tarde, nodriza de naciones, nodriza que amamanta con
leche de sabiduría y de consejo.
Mujer siempre —y hasta el fin— que con el mismo pie de la sagrada
peregrinación
sube, arrastrando la oscura cauda de su memoria,
hasta la piraalzada del suicidio.

Tal es el relato de mis hechos. Dido mi nombre. Destinos como
el mío
se han pronunciado desde la antigüedad con palabras hermosas
y nobilísimas.
Mi cifra se grabó en la corteza del árbol enorme de las tradiciones.
Y cada primavera, cuando el árbol retoña,
es mi espíritu, no el viento sin historia, es mi espíritu el
que estremece y el que hace cantar su follaje.

Y para renacer, año con año,
escojo entre los apóstrofes que me coronan (para que resplandezca
con un resplandor único)
éste, que me da cierto parentesco con las playas:
Dido, la abandonada, la que puso su corazón bajo el hachazo
de un adiós tremendo.

Yo era lo que fui: mujer de investidura desproporcionada con
la flaqueza de su ánimo.
Y sentada a la sombra de un solio inmerecido
temblé bajo la púrpura, igual que el agua tiembla bajo el légamo.
Y para obedecer mandatos cuya incomprendibilidad me sobrepasa

recorrí las baldosas de los pórticos con la balanza de la justicia
entre mis manos
y pesé las acciones y declaré mi consentimiento para algunas
—las más graves—.

Esto era en el día. Durante la noche no la copa del festín,
no la alegría de la serenata, no el sueño deleitoso.
Sino los ojos acechando en la oscuridad, la inteligencia batiendo
la selva intrincada de los textos
para cobrar la presa que huye entre las páginas.
Y mis oídos, habituados a la ardua polémica de los mentores,
llegaron a ser hábiles para distinguir el robusto sonido del oro
del estrépito estéril con que entrechocan los guijarros.

De mi madre, que no desdenó mis manos y que me las ungió desde
el amanecer con la destreza,
heredé oficios varios: cardadora de lana; escogedora del fruto
que ilustra la estación y su clima,
despabiladora de lámparas.

Así pues tomé la rienda de mis días: potros domados, conocedores
del camino, reconocedores de la querencia.

Así pues ocupé mi sitio en la asamblea de los mayores.

Y a la hora de la partición comí apaciblemente el pan que habían
amasado mis deudos.
Y con frecuencia sentí deshacerse entre mi boca el grano de sal
de un acontecimiento dichoso.

Pero no dilapidé mi lealtad. La atesoraba para el tiempo de las
lamentaciones,
para cuando los cuervos aletean encima de los tejados y mancillan
la transparencia del cielo con su graznido fúnebre;
para cuando la desgracia entra por la puerta principal de las
mansiones
y se la recibe con el mismo respeto que a una reina.

De este modo transcurrió mi mocedad; en el cumplimiento de las
menudas tareas domésticas; en la celebración de los ritos cotidia-
nos; en la asistencia a los solemnes acaecimientos civiles.

Y yo dormía, reclinando mi cabeza sobre una almohada de con-
fianza.
Así la llanura, dilatándose, puede creer en la benevolencia de
su sino
porque ignora que la extensión no es más que la pista donde
corre —como un atleta vencedor,
enrojecido por el heroísmo supremo de su esfuerzo— la llama del
incendio.
Y el incendio vino a mí, la predación, la ruina, el exterminio
¡y no he dicho el amor! en figura de náufrago.

Esto que el mar rechaza, dije, es mío.

Y ante él me adorné de la misericordia como del brazalete de
más precio.

Yo te conjuro, si oyes, a que respondas: ¿quién esquivó la ad-
versidad alguna vez? ¿Y quién tuvo a desdoro llamarla huésped
suya y preparar la sala del convite?
Quien lo hizo no es mi igual. Mi linaje se entronca con el de
los inmoladores de sí mismos.

El cuchillo bajo el que se quebró mi cerviz era un hombre llamado
Eneas.

Aquel Eneas, aquel, piadoso con los suyos solamente;
acogido a la fortaleza de muros extranjeros; astuto, con astucias
de bestia perseguida;
invocador de númenes favorables; hermoso narrador de infortunios
y hombre de paso, hombre
con el corazón puesto en el futuro.

—La mujer es lo que permanece; rama de sauce que llora en las
orillas de los ríos—.

Y yo amé a aquel Eneas, a aquel hombre de promesa jurada ante
otros dioses.
Lo amé con mi ceguera de raíz, con mi soterramiento de raíz,
con mi lenta fidelidad de raíz.

No, no era la juventud. Era su mirada la que así me cubría de
florecimientos repentinos.
Entonces yo fui capaz de poner la palma de mi mano, en signo
de alianza, sobre la frente de la tierra.
Y ví acercarse a mí, amistadas, las especies hostiles. Y ví
también, reducirse a número los astros. Y oí que el mundo tocaba
su flauta de pastor.

Pero ésto no era suficiente. Y yo cubrí mi rostro con la máscara
nocturna del amante.

Ah, los que aman apuran tósigos mortales. Y el veneno (enarde-
ciendo su sangre, nublando sus ojos, trastornando su juicio)
los conduce a cometer actos desatentados; a menospreciar aquello
que tuvieron en más estima a hacer escarnio de su túnica y a arro-
jar su fama como pasto para que hocen los cerdos.

Así, aconsejada de mis enemigos, dí pábulo al deseo
y maquiné satisfacciones ilícitas y tejí un espeso manto de
hipocresía para cubrirlas.

Pero nada permanece oculto a la venganza. La tempestad presidió
nuestro ayuntamiento; la reprobación fue el eco de nuestras de-
cisiones.

Mirad, aquí y allá, esparcidos los instrumentos de la labor.
Mirad el ceño del deber defraudado.
Porque la molicie nos había reblandecido los tuétanos.

Y convertida en antorcha yo no supe iluminar más que el desastre.

Pero el hombre está sujeto durante un plazo menor a la embriaguez.
Lúcido nuevamente, apenas salpicado por la sangre de la víctima,
Eneas partió.

Nada detiene al viento. ¡Cómo iba a detenerlo la rama de sauce
que llora en las orillas de los ríos!

En vano, en vano fue correr, destrenzada y frenética, sobre
las arenas humeantes de la playa.

Rasgué mi corazón y echó a volar una bandada de palomas negras.
Y hasta el anochecer permanecí, incólume como un acantilado,
bajo el brutal abalanzamiento de las olas.

He aquí que al volver ya no me reconozco. Llego a mi casa y la
encuentro arrasada por las furias. Ando por los caminos sin más
vestidura para cubrirme que el velo arrebatado a la vergüenza;
sin otro cingulo que el de la desesperación para apretar mis sienes.
Y, monótona zumbadora, la demencia me persigue con su aguijón
de tábano.

Mis amigos me miran al través de sus lágrimas; mis deudos vuelven
el rostro hacia otra parte. Porque la desgracia es espectáculo que
algunos no deben contemplar.

Ah, sería preferible morir. Pero yo sé que para mí no hay muerte.
Porque el dolor —¿y qué otra cosa soy más que dolor?— me ha
hecho eterna.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente
PROF. MAX AUB, Secretario
SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal
SR. ALI CHUMACERO, Vocal
DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal
LIC. JAIME GARCIA TERRES, Vocal
LIC. ANTONIO GOMEZ ROBLEDO, Vocal
PROF. LUIS VILLORO, Vocal



Dirigió ésta grabación: HECTOR MENDOZA

IMPRESO EN MEXICO. TALLERES GRAFICOS DE LIBRERIA MADERO, S. A.

Diseños de VICENTE ROJO